

JARAMILLO, CARMEN MARÍA, *Alejandro Obregón: el mago del Caribe*, Bogotá: Asociación de Amigos del Museo Nacional de Colombia, 2001, 256 págs. ISBN 958-332724-7.

**POR**  
**WILLIAM ALFONSO LÓPEZ**  
INSTRUCTOR ASOCIADO  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
ESTÉTICAS, Universidad  
Nacional de Colombia,  
Sede Bogotá.

Los estudios monográficos sobre los artistas colombianos son escasos. Se pueden contar con los dedos de las manos aquellos artistas que tienen un libro dedicado a su obra y son mucho más excepcionales los que cuentan con más de una investigación publicada alrededor de su trabajo. Uno de los artistas que pertenece a este último grupo es Alejandro Obregón (1920-1992).

Además de los libros editados por Seguros Bolívar en 1979, Colcultura en 1985 y Lerner & Lerner en 1992<sup>1</sup>, se pueden contar los agudos y juiciosos artículos que Marta Traba realizó a lo largo de su carrera, dentro de los cuales hay que resaltar el tercer capítulo de su libro *Historia abierta del arte colombiano* (1971)<sup>2</sup>, en donde lo entronizó como el primer artista verdaderamente moderno de la historia del arte en Colombia, y, por otra parte, el estudio que Álvaro Medina publicó en 1978 dentro de su libro *Procesos del arte en Colombia*. Allí, además de construir el primer recorrido atento y detenido por toda la obra de Obregón, Medina logró configurar la primera lectura global de su carrera.

---

<sup>1</sup> Tampoco se pueden olvidar los textos escritos por Juan Gustavo Cobo Borda, publicado en 1986, y Fausto Panesso, publicado en 1989.

<sup>2</sup> Por supuesto, habría que resaltar además la segunda parte de su libro *El elogio de la locura*, publicado por la Universidad Nacional de Colombia en 1986.

En este sentido, el trabajo de Carmen María Jaramillo se suma a esta serie de estudios que, vistos en perspectiva, sin duda configuran toda una tradición y un corpus interpretativo dentro de la crítica y la historia del arte en Colombia. Realizado paralelamente a la curaduría de la exposición *Obregón: pinturas 1947-1968*, organizada en el segundo semestre del año 2001 por el Museo Nacional de Colombia y la Asociación de Amigos de esta institución, este ensayo plantea una lectura de la obra del artista cartagenero desde tres ejes: el espacio pictórico, la mirada a la naturaleza y la interpretación del contexto político.

De esta manera, Jaramillo revisa la forma como Obregón, en la década del cuarenta, en diálogo con el cubismo, reformula el espacio pictórico que lo precede dentro del ámbito colombiano. Así mismo, Jaramillo estudia la poética del maestro frente a la naturaleza y particularmente frente a la noción del paisaje que se había forjado en el arte colombiano desde principios del siglo xx. Finalmente, aborda el interés a partir del cual Obregón construye su obra política.

A partir de 1947, con su obra *Pez dorado*, Obregón entabla un diálogo muy personal con el cubismo, en especial con la obra de Georges Braque (1882-1963) y empieza a plantear lo que Jaramillo denomina “un nuevo marco de operaciones para la pintura local”. Este intercambio de ideas con el cubismo se realiza desde un punto de vista en el que el reconocimiento de lo propio impide la copia fiel y sin distancia de los presupuestos y la poética de los diferentes momentos del cubismo. Jaramillo afirma:

Si los nacionalistas consideran dominación cultural el hecho de atender a los lenguajes del arte de vanguardia, los contemporáneos de Obregón encuentran que esa actitud cumplió su ciclo y, desde una plena conciencia de lugar, entablan comunicación con otras formas de pensamiento y percepción, provenientes de diversas épocas y civilizaciones: en su actitud no hay xenofobia ni aceptación ciega de patrones externos. Desde una clara noción del propio centro, Obregón busca la confluencia de diversos pensamientos en los terrenos visual y cultural. No reniega de los valores de la modernidad, mientras considera el territorio que queda de este lado del mundo como un campo abierto y sugerente para conferir sentido a sus obras. Quizá percibe que su propuesta tiene la suficiente fuerza para no sucumbir a una actitud colonialista y que, por ello mismo, también puede aportar en otras latitudes (pág. XXXIX).

En el ámbito del paisaje, Obregón realiza varias tareas. Según Jaramillo, en primer lugar,

presenta la más rica y matizada visión del trópico en la plástica nacional. En segundo lugar, convierte la naturaleza en un espacio para la gestualidad, la expresión de emociones. En tercer término, replantea el paisaje como mirada contemplativa de la naturaleza prevaleciente en el arte colombiano en la primera mitad del siglo xx y lo construye en una relación de interdependencia con la cultura y con aspectos socia-

les y políticos. Por último, al despojar al paisaje de la connotación de “panorámica”, la naturaleza comienza a operar como fuerza y como principio: toma forma, pero no transcribe la forma (pág. xxxii).

Por último, con respecto a la obra política de Obregón, Jaramillo destaca, siguiendo los planteamientos de Marta Traba en este pasaje, la forma como el maestro aborda una postura crítica frente a los procesos sociales desde el lenguaje pictórico. Jaramillo afirma:

Aunque Obregón repudia la guerra o cualquier abuso de poder, asume esta postura con autonomía estética e ideológica, pues no le interesa comprometerse con una militancia política ni tampoco pretende ilustrar una posición partidista. Es por ello que no se le puede encasillar como pintor político; antes que nada, su obra se ubica en el territorio de la plástica y desde allí pide ser abordada (pág. lvi).

El libro de Carmen María Jaramillo realiza, así, una nueva lectura de la obra de Obregón y además nos muestra, con una gran calidad editorial, obras claves de su recorrido que con seguridad les interesan a los estudiosos del arte colombiano y, en general, del arte latinoamericano.